

Jurar, prometer o qué

Emilio Álvarez Frías

La declaración que hicieron el jueves 17 sus señorías los parlamentarios españoles, –digamos que en cuanto a lo relacionado con su pública manifestación respecto a su fidelidad con la institución–, no dejó de ser un canto discordante pues, conociendo las notas que debían pronunciar –juramento o promesa–, casi cada quién salió con la suya particular. No todos, es verdad, pues la mayoría se acogió al juramento o a la promesa. Mas unos cuantos prometieron lo que les dio la gana sin que ello les sujetara a lealtad a la nación España salvo en lo que personalmente consideran quede dentro de lo que marca su diapasón particular.



La presidenta de la Cámara, Francina Armengol, –que no es una persona que haya demostrado su fidelidad a España a lo largo de su profesión como política, con abandono de la farmacéutica– sacó a relucir una serie de disposiciones por las cuales cada procuración podía pronunciarse como le pluguiera. Quizá la presidenta tenía razón, que el juramento o promesa se ha prostituido hasta acomodarlo a lo que sus señorías apetecieran decir, pero no cabe duda de con el compromiso que contraen se pueden saltar la Constitución sin que caigan en perjurio. Es decir, no vale para nada, pues sin duda se basa en un juramento –o promesa, que de juramento hay poco, los repele, por algo será– hipocrático que se inventaron hace años en Cataluña para comprometer fidelidad a su pedazo de tierra, a la España vacía y por el Planeta, que ha prosperado y se ha extendido como el agua; en esta ocasión se han escuchado promesas por la república vasca, por la catalana y por unas cuantas cosas más, algunas de ellas un tanto largas y pintorescas que no sé si las recogerá el BOE para hacer historia de cara al futuro.

El compromiso que contraen los procuradores es de chicha y nabo, por lo que se podían ahorrar ese sarao largo, pesado e individual dado que, queda evidente, cada queda libre de actuar como le plazca, venga bien a sus intereses, o mande el jefe del partido que actúa como dictador más o menos déspota.



Un juramento –o incluso promesa– cuando se hace sobre la Biblia, o incluso sobre la Constitución, tiene un cierto empaque, e influye sobre la persona que contrae compromisos a través de ese requisito. Ello, naturalmente, si la persona tiene conciencia y una serie de valores que lo conducen por la vida con gentileza y honorabilidad. Cosa que, lamentablemente, hoy está en desuso y ha sido sustituido por la dejadez, el incumplimiento de lo prometido, el

poder de la ambición, y un sinfín de descréditos. Es lo que se lleva en tiempos del progresismo.

Teniendo todo ello en cuenta, yo juro sobre la Biblia que no me fiaré de ningún miembro del Parlamento, del Senado, de los miembros del Gobierno incluido su presidente, salvo aquellos que personalmente elija por sus valores y su actuación.

Sobre lo que pueden hacer los presidentes de Gobierno ya nos ha dado suficiente información Pedro Sánchez con todos los chanchullos y tropelías que ha venido realizando a lo largo de su lamentable actuación en el cargo.

La presidenta, Francina Armengol, en su exposición, no deja de rendir pleitesía a quienes han votado para que ella ocupara tal puesto. Y lo ha dicho claramente, «Para avanzar en este camino, quiero manifestar mi compromiso con el castellano, el catalán, el euskera y el gallego, y la riqueza lingüística que suponen», terminando por decir que a partir de ese momento cada quién se puede manifestar en el hemicycle del Congreso en cualquiera de los citados idiomas, si bien no explicó qué procedimiento montará para que los 350 parlamentarios se enteren de aquello que expongan los parlamentarios de los tres idiomas complementarios, que no tienen ninguna obligación de conocer los españoles que no lo han llamado en la correspondiente zona del país. Y para más inri, exteriores, sin pedir permiso a sus señorías, ha cursado un escrito al Consejo de la UE pidiendo se incluya el catalán, el gallego y el euskera como lenguas oficiales... Probablemente no pocos representantes de otros países habrán quedado pasmados pensando que en su terruño también tienen otros idiomas locales y no se les ha ocurrido proponer una sandez parecida.
